

la orientación profesional como proceso*

MARIANO YELA **

Me han pedido ustedes que haga la síntesis del Seminario. Es lo que a continuación les ofrezco con mucho gusto, aunque no sé con qué fortuna.

En el conjunto de sus intervenciones destaca netamente un punto de coincidencia unánime: todos consideran que la orientación profesional es un *proceso*. En lo demás, lo que destaca nos es la coincidencia, sino lo contrario: la variedad, las diferencias, las discrepancias y hasta las oposiciones.

Les propongo que examinemos ese único punto de acuerdo. Quizás, visto de cerca, se amplie y ensanche y nos muestre un amplio horizonte de concordancias.

¿Qué significa que la orientación profesional sea un proceso?

Yo creo que, fundamentalmente, dos cosas primera: que *está* en proceso. Segunda: que *es* un proceso.

EL PROCESO DE LA ORIENTACIÓN PROFESIONAL

Em primer lugar, es patente que la orientación profesional *está* *em proceso*, en el doble sentido jurídico y dinámico.

Que lo está en cierto sentido jurídico, quiere decir que está *em tela de juízo*. Para muchos, y más que para nadie para los concedores y

* Síntese e apreciação dos trabalhos do Seminário Ibero-Americano de Orientação Profissional realizado em Madri, e de que o autor foi vice-presidente.

** Catedrático de Psicologia da Universidade de Madri.

expertos de la propia orientación profesional, es esta algo cuyo valor tiene que ser probado. SUPER nos recordaba las críticas de algunos: "No está claro — dicen — que los orientadores hagan más bien que mal". No creo yo que compartan ustedes esta crítica, demasiado general y extremosa. Pero, sí, creo que están de acuerdo en tenerla presente, en reconocer que la orientación profesional no goza de una posición suficientemente firme en el campo de las ciencias y de las realizaciones humanas. Se la está ganando; difícil, lenta, laboriosamente. Tiene que continuar ganándose. Su eficacia ha sido mostrada muchas veces. Pero no suficientemente, no definitivamente. Recogiendo la sugerencia que hizo aquí Pío RODRIGUEZ, yo diría que el primer deber del orientador sigue siendo hoy mantener el esfuerzo por demostrar con rigor la validez y los límites de la orientación profesional. En esto creo que todos están de acuerdo.

Asimismo, la orientación profesional está en proceso, en sentido dinámico. Es decir, es algo que se transforma y modifica, que busca el esclarecimiento de sus objetivos y sus medios, la formación adecuada de sus expertos, su lugar en los diversos sistemas políticos, educativos, socioeconómicos y laborales. En un proceso que, a escala mundial, sigue muy distintos caminos.

Hay, es verdad, una comunidad de propósitos, real, pero más bien abstracta y ambigua. En todos los países aquí representados — varios de Europa y casi todos los de América — la orientación profesional es concebida y aplicada como un medio para facilitar, personal y socialmente, la incorporación del hombre al mundo del trabajo. Bien, pero como se entiende este propósito? ¿Cuáles son los medios? En esto hay grandes diferencias.

Como ya advirtió Monsieur CAPLAT el primer día del Seminario, estas diferencias provienen de que en los distintos países hay diversos niveles de desarrollo económico, diversos principios políticos y filosóficos y — podría agregarse — diversos niveles de fundamentación científica y de preparación de los especialistas.

Aquí veo yo *un segundo punto de coincidencia*: Hay diferencias; somos conscientes de ellas; conviene que las conozcamos y las estudiemos, para que la experiencia de cada país pueda ser aprovechada por los demás en beneficio de todos. Creo que en esto todos concordamos. Creo que este es el objetivo principal de la A.I.O.S.P.: facilitar la comunicación entre los orientadores de los diversos países, hacer patentes las diferencias entre ellos, respetarlas, estudiarlas, aprovecharlas.

Hay, finalmente, en este proceso de múltiples direcciones un *tercer punto de convergencia*. Se trata de que, por diversos modos y caminos, la orientación profesional tiende a caracterizarse en todos los sitios por ciertos rasgos comunes. Me refiero a la tendencia, manifiesta explícita y hasta legalmente en varios países, hacia la organización de la orientación profesional a nivel nacional; a la preocupación creciente por incluir a la orientación profesional en los diversos sistemas de planificación educativa y socioeconómica; a la consideración, cada vez más extendida, de la orientación profesional como uno de los procesos de enlace entre los Departamentos de Educación y de Trabajo.

LA ORIENTACIÓN PROFESIONAL COMO PROCESO

No hay duda de que la orientación profesional está en proceso. Tampoco parece haberla, al menos entre ustedes, de que ella misma sea un proceso.

Cada vez resulta más claro que la orientación no debe limitarse a un momento en la vida del sujeto orientado. Es cierto que, de hecho y con lamentable frecuencia, se limita a esto. Muchos lo aceptan como mal menor. Pero nadie lo defiende ni nadie lo justifica.

He aquí un doble problema, común a los orientadores de todos los países:

1. Cómo evitar que la orientación profesional se limite artificialmente a la aplicación de ciertas técnicas para resolver en un momento dado un problema de elección o ingreso en cursos, estudios e profesiones.
2. Si, por determinadas circunstancias, ha de limitarse a eso, cuáles son los recursos personales y técnicos que más conviene utilizar y cuáles los momentos críticos en que conviene aplicarlos, según el desarrollo de los individuos y las necesidades de la sociedad.

En torno a este doble problema me ha parecido advertir en sus discusiones *dos nuevos puntos de coincidencia*.

El uno, podría formularse así: Conviene, en la medida de lo posible, prolongar la escolaridad común y obligatoria y retrasar las primeras elecciones escolares y profesionales de tipo crítico hasta aproximadamente los quince o dieciséis años de edad, momento más oportuno para una intervención eficaz de la orientación profesional.

El otro, que sería el quinto punto de acuerdo, es, creo yo, el más importante: la orientación profesional debe ser no un momento, sino un proceso que se inicia y prepara desde, al menos, los comienzos de la vida escolar.

Este carácter procesal de la orientación implica dos notas que todos ustedes reconocen y que representan el *sexto* y *séptimo puntos de acuerdo*.

Primera, que la orientación no es un momento, sino muchos. Segunda, que esos momentos no son solo múltiples, ni siquiera tan sólo sucesivos, sino que se enlazan los unos a los otros en continuidad.

No hay, en efecto, un solo momento en que, de hecho, se efectue la orientación. Hay muchos. Hoy se estudia y se practica la orientación escolar y la profesional, la orientación de padres, la colaboración entre el orientador y las maestras y profesores, la orientación de la mujer para su incorporación al mundo profesional, la orientación de adultos en las empresas y con motivo de las campañas de alfabetización o cuando acontecen cambios tecnológicos en el trabajo y movimientos migratorios en la población, la orientación de deficientes de todo tipo, la orientación gerontológica, etc.

Y estos diversos momentos no son independientes ni aislados. Cada momento crítico depende en su correcta solución de todo el proceso anterior. La eficacia del consejo depende no sólo de lo que en el momento de la consulta se haga, sino de la experiencia y preparación previa del sujeto y de la sociedad.

No puede ser de otro modo. La orientación es y tiene que ser un proceso. Lo exige su estructura técnica; lo exige su carácter personal; lo exige su integración en el contexto socioeconómico.

LA ESTRUCTURA TÉCNICA DE LA ORIENTACIÓN PROFESIONAL

La orientación pretende coordinar las posibilidades del sujeto con las exigencias de la profesión. Necesita, pues, conocer de alguna manera unas y otras. Este conocimiento no puede obtenerse más que a través de un proceso continuo de indagación. Por las siguientes razones.

Em primer lugar, por el carácter insuficiente y relativo de todas las técnicas de conocimiento del sujeto. El orientador ha de conocer de algún modo al sujeto. Tiene que estudiar la estructura y dinamismo de su personalidad. Cualquiera que sea su teoría sobre esto o las técnicas que para ello emplee, no hay duda que su consejo se basa en una evalua-

ción del pasado, un cierto diagnóstico del presente y un pronóstico del futuro del sujeto.

Ahora bien, las diversas ciencias psicológicas y sociológicas han desarrollado para ello caudal impresionante de técnicas que la orientación ha de utilizar con rigor y prudencia; observaciones sistemáticas, procedimientos estadísticos, testes, cuestionarios, escalas, entrevistas, análisis de contenido, dinámica de grupos, técnicas de comunicación y contacto interpersonal, teoría de la decisión, empleo de ordenadores etc.

Para todas estas técnicas están afectadas por errores cuantiosos de fiabilidad y pronóstico. Hay algunas considerablemente precisas para valoraciones y pronósticos colectivos. No hay ninguna que lo sea suficientemente en el caso individual.

El hecho — porque de un hecho se trata — es grave y frecuentemente desconocido u olvidado. Pongamos un breve ejemplo. Supóngase que disponemos de una técnica de diagnóstico cuyo coeficiente de fiabilidad es de 0.91; es decir, de cuantía razonablemente elevada. Sea la validez de esta técnica, respecto a un criterio profesional, de 0.60, que es un coeficiente entre los mejores que empíricamente suele hallarse. Aplicada esta técnica a un sujeto, sea su puntuación típica igual a la unidad. Es decir, en el supuesto de que todos los requisitos muestrales y metodológicos se cumplan y de que la distribución sea aproximadamente normal, podemos afirmar que el sujeto está por encima del 84 por 100 de su grupo. ¿Qué éxito podremos pronosticarle en el criterio? habida cuenta de los errores de medida y de estimación que implican estos datos, es fácil comprobar que, en rigor, nuestros juicios, a un nivel de confianza del 5 por 100, es decir, con una probabilidad de acertar del 95 por 100, serían los siguientes— 1.º El sujeto supera, en el rasgo medido, del 66 al 94 por 100 de su población. 2.º En el criterio profesional el sujeto superará del 9 al 99 por 100 de su población.

Como se ve, el que un individuo obtenga, mediante una técnica de diagnóstico, una puntuación bastante elevada, sólo nos permite pronosticar con cierta confianza que en el criterio profesional será, o bien bastante malo — inferior al 91 por 100 de los sujetos —, o bien extraordinariamente bueno — superior al 99 por 100 — o bien algo entre estos extremos. El pronóstico no es, ciertamente, *fameux*. Y esto en el caso, no excesivamente frecuente, de que tengamos datos objetivos sobre la fiabilidad y la validez de la técnica empleada. Si no los tenemos, la situación podrá ser mejor o peor, pero de ella nada científicamente comprobable podremos decir.

Por eso, si la orientación no quiere perder a la persona real y concreta, no tiene otro camino — ha de ser un proceso continuo. No basta con aplicar las mejores técnicas en un momento dado. Es preciso seguir las aplicando a lo largo de un amplio período. Sólo el examen de convergencias y discrepancias a lo largo del tiempo permite elaborar un diagnóstico y un pronóstico suficientemente fiables.

Conviene que en cada situación se apliquen dos o más técnicas paralelas con respecto a cada tipo de datos. Sólo si concuerdan y en la medida en que lo hagan podemos apoyarnos en esos resultados.

Conviene que cada sujeto sea estudiado en varias situaciones a lo largo de su desarrollo personal. Sólo la información así obtenida nos irá permitiendo descubrir los aspectos, direcciones y tendencias que se confirman y los que cambian y por qué.

Conviene, finalmente, que en el estudio del sujeto colaboren especialistas diversos — padres, educadores, médicos, visitadoras sociales, economistas, profesiólogos, psicólogos, ninguno de los cuales puede dominar todos los aspectos del problema. Cada uno necesita de los demás y todos tienen que integrar su actividad en un proceso de indagación en el que sólo las concordancias comprobadas pueden proporcionar un conocimiento del sujeto con razonables probabilidades de estar objetivamente fundado.

He ahí un *octavo punto de concordancia* entre ustedes: la orientación es un proceso continuo de estudio del sujeto, en el que se integran, limitándose y aclarándose mutuamente, técnicas, situaciones y especialistas diversos.

Lo mismo acontece por el lado de la profesión. Es preciso conocer no sólo las posibilidades del sujeto, sino las exigencias de las profesiones. Lo que se pretende es facilitar y mejorar la incorporación del hombre a la realidad profesional. Pero esta realidad no es estática. También ella está en proceso.

Está en proceso de conocimiento y estudio. La profesiografía trata de conocer y descubrir las características y exigencias humanas de cada profesión y puesto de trabajo. La información profesiográfica fidedigna es muy amplia en unos pocos países, escasisima en la mayoría, insuficiente en todos.

La misma realidad profesional está en proceso de cambio.

La profesología trata de estudiar el desarrollo y cambio de las profesiones. Los conocimientos profesiológicos, imprescindibles para

orientar hacia un futuro profesional, son, sin, embargo, incipientes y rudimentarios en la mayoría de los casos.

El proceso de cambio de la realidad profesional es, además, en nuestros días, múltiple y creciente. En él reside, precisamente, uno de los rasgos más característicos de las sociedades en desarrollo. La realidad humana de cada profesión cambia continuamente con el progreso científico y tecnológico; cambia el contenido de cada puesto a lo largo del tiempo; cambia de una empresa a otra, incluso cuando se mantiene el mismo nombre; cambia la distribución geográfica de las profesiones; cambian rápidamente las posibilidades de empleo; aparecen nuevas profesiones y numerosos puestos de trabajo, con nuevas exigencias, en las antiguas.

Un aspecto importante de este cambio, a menudo olvidado en la orientación, es que las profesiones modifican su estructura interna, extendiendo o estrechando su gama de posibilidades y exigencias. Hay profesiones, como la de tornero, que tienden a estrechar su espectro de tareas, limitándose cada vez más a exigir el manejo, relativamente simples, de máquinas automáticas y semiautomáticas. Hay otras muchas que ensanchan su espectro de posibilidades, en el que pueden alojarse desahogadamente muy diversas aptitudes y vocaciones. Así, por ejemplo, la de médico, que comenzó por ser muy próxima a la vocación de mago y que luego ha ido transformándose y, desde varios puntos de vista, enriqueciéndose con aspectos diversos de naturalista, filósofo, consejero, erudito, científico, técnico, etc., y que hoy cubre prácticamente la gama total de intereses, aptitudes y vocaciones humanas, desde la investigación pura — biofísica, bioquímica, fisiológica — y la ocupación con aparatos y análisis objetivos, hasta la antropología médica y la psicoterapia, pasando por mil facetas de especialización de todo tipo.

Cambia asimismo la realidad profesional por los cambios cuantitativos y cualitativos de la población: crecimiento vegetativo, prolongación de la vida media, alteración de la distribución de las edades, incremento casi vertiginoso de los medios de comunicación, movilidad creciente de los patrones culturales y de las estructuras sociales y económicas.

El ritmo rápido y creciente de este cambio afecta en nuestros días a la misma estructura empírica de la vida humana.

Crece y se complica, en proceso constante, el mundo profesional en el que el hombre vive. Al mismo tiempo, ese mundo profesional, cada vez más complejo y siempre cambiante, se abre a más y más hombres;

en principio, a todos. Existe hoy una clara tendencia a no excluir en principio a nadie con respecto a nada. La escolarización tiende a extenderse a todos y a prolongarse. Nuestra sociedad tiende a integrar a todos en el mundo del trabajo, a los paranormales físicos y psíquicos, a los adultos insuficientemente preparados, a la mujer y a los ancianos. Por otra parte, el incremento de la información y la intercomunicación, la movilidad social y cultural, el desarrollo científico y técnico, la facilidad de desplazamientos geográficos y otro sinfín de factores similares abren continuamente nuevas posibilidades, despiertan nuevas expectativas, modifican, complican y enriquecen los proyectos profesionales de los hombres.

En resumen, el orientador tiene que orientar a un sujeto, sólo muy parcialmente conocido, hacia una realidad profesional, sólo en parte muy pequeña previsible.

Resulta, pues, claro, como *noveno punto de acuerdo*, que la orientación ha de ser un proceso continuo para coodinar las cambiantes posibilidades de los hombres con las cambiantes exigencias de una realidad profesional en continuo proceso de cambio.

EL CARÁCTER PERSONAL DE LA ORIENTACIÓN PROFESIONAL

Hasta aquí hemos considerado algunos aspectos de la orientación, importantes, sin duda, pero de indole más bien externa y, por así, decirlo, periférica. Todos ponen de manifiesto que la orientación es un proceso. Lo cual parece más claro aún si examinamos la orientación en si misma. Resulta entonces obvio que la orientación es un proceso precisamente porque es, y en tanto que es, *orientación*.

Es verdad que, en cierto modo, la orientación consiste en coordinar un conjunto de posibilidades — las aptitudes, intereses, conocimientos y personalidad del sujeto— con un conjunto de requisitos — las exigencias de la profesión. Incluso en el caso de que esto fuera todo, la orientación habría de elaborarse, como hemos visto, a lo largo de un proceso.

Pero esto no es todo. En realidad, esto apenas es nada.

La orientación no consiste, como se ha dicho, en colocar *the square peg in the square hole*. No se trata nunca de coordinar dos objetos— el objeto hombre y el objeto profesión. No se trata de ver si tal hombre es un objeto cuadrado o circular o con estas o las otras propiedades y ver de encajarlas en tal profesión que sea, asimismo, cuadrada o circular o con estos o los otros requisitos. Es esta una visión demasiado simplista y, en el fondo, falsa y pernicioso. Ni el hombre es puro objeto ni lo es,

como actividad humana, la profesión. Em todo caso, no lo es el hombre. El orientador no manipula una cosa, orienta a una persona. La orienta, sin duda, respecto a una realidad profesional y agotando, si puede y sabe, las posibilidades de conocimiento de la persona y de la profesión que la ciencia y la tecnología actuales le ofrecen. Para ella ha de estudiar a la persona y a la profesión con la máxima objetividad posible. Pero ahí no acaba la orientación. En realidad, hasta ahí la orientación propiamente dicha no ha empezado. La orientación sólo comienza cuando comienza a orientarse a la persona. Ahora bien, esto no acontece a menos que se inicie un proceso estrictamente personal.

El papel del orientador no es decidir, sino orientar. El papel de las técnicas y los datos no es suplantar a la persona, sino posibilitar y mejorar su decisión. Lo cual significa que en la orientación todo ha de contribuir a orientar al sujeto y éste, el sujeto orientado, es el único que decide, con tanta más probabilidad de acierto cuanto mejor orientado esté para decidir. Orientar una cosa es ponerla en una cierta dirección. Orientar a una persona es prepararla para que se ponga en una cierta dirección. Es ella, persona, la que ha de asumir personalmente el proceso de la orientación para que, en efecto, resulte orientada. De otra suerte, no sería orientada, sino manejada, clasificada o, a lo más, seleccionada. Orientar profesionalmente es preparar a una persona para servirse a sí mismo y a los demás en el mundo del trabajo.

Ahora bien, preparar a una persona no es cosa de un momento. Es un largo proceso de maduración personal. Un proceso que exige el uso de las mejores técnicas disponibles de evaluación, diagnóstico y pronóstico, científicamente elaboradas y aplicadas y objetivamente verificadas; pero exige, asimismo, una adecuada información, que el sujeto ha de recibir sobre sí mismo y la realidad profesional y una participación personal del sujeto en la interpretación y asimilación de la información y en la decisión oportuna.

La labor de la orientación es, pues, fundamentalmente, educativa. Por eso es, inevitablemente, un proceso. Es el proceso de perfeccionamiento de una persona en su personalidad en tanto que suya y para mejor disponer de sí mismo respecto al mundo del trabajo.

El contexto interpersonal en que el sujeto vive desde su infancia y la relación específica con el orientador han de permitir y facilitar al sujeto, por una parte, el progresivo descubrimiento de sí mismo y del mundo profesional, y por otra, la madurez personal apropiada para utilizar constructivamente ese conocimiento.

El proceso de la orientación comprende, así, dos aspectos complementarios. De un lado, el estudio — con las máximas garantías científicas — del sujeto y las profesiones. De otro, la preparación del sujeto para que asuma personalmente los resultados de este estudio y sea capaz de utilizarlos para su mejor incorporación al mundo del trabajo.

El proceso incluye siempre una dimensión psicoterapéutica. A veces, estrictamente tal, en la medida en que sea preciso liberar al sujeto de estado y procesos psicopatológicos que le impidan o dificulten la correcta percepción del mundo en que vive y de sus propias posibilidades. Com más frecuencia, este componente, que hemos llamado psicoterapéutico, será más bien psicagógico, en cuanto no se refiera a la curación de aspectos patológicos, sino a la capacitación del sujeto para su mejor desarrollo, liberación y autoposición.

En todo caso, y con ayuda de los especialistas oportunos, el proceso de la orientación exige el establecimiento de una relación interpersonal con el orientador que facilite la progresiva liberación personal del sujeto. Solo así puede este ofrecerse a un examen profundo de sí mismo; acceder a su propio conocimiento y aceptación; asimilar correctamente la información escolar y profesional; participar constructivamente en la decisión; adquirir la madurez que le permita aceptar ulteriores cambios y reorientaciones y, finalmente, cumplir las condiciones de eficacia real en su futura profesión, que requiere siempre poder, saber y querer trabajar, y poder, saber y querer trabajar *con* los otros.

He aquí, creo yo, el *décimo punto de acuerdo*. La orientación es un proceso psicagógico de maduración y liberación de la personalidad que facilita al sujeto el conocimiento de sí mismo y del mundo y la asunción personal de sus posibilidades y limitaciones profesionales.

Es, por supuesto, un punto complejo y delicado. No es extraño que el acuerdo aquí no sea tan claro ni total como en los otros puntos. No todos subscribirían las afirmaciones anteriores, ni todos las interpretarían de la misma manera. Pero creo que expresan la tendencia y la aspiración de la inmensa mayoría de ustedes.

LAS PERSPECTIVAS SOCIOECONÓMICAS DE LA ORIENTACIÓN PROFESIONAL

El sujeto de la orientación es la persona. Ahora bien, esta entraña, inevitablemente, aspectos sociales. No se orienta nunca al puro individuo, entre otras cosas, porque el individuo puro no existe. Se orienta a una persona que forma parte de grupos diversos, desde los primarios

e inmediatos, como la familia, hasta los más lejanos y amplios, como las subsociedades económicas, culturales, raciales, lingüísticas etc., la sociedad internacional. Más aún, la persona orientada no solo forma parte de esos grupos, sino que esos grupos forman parte de su efectiva personalidad.

La orientación está posibilitada y limitada, no sólo por las técnicas de conocimiento y la relación psicagógica con los orientadores, sino por las condiciones sociales y económicas de los grupos en los que el sujeto y la realidad profesional se desarrollan.

Toda orientación que no tenga en cuenta la estructura socioeconómica del mundo del sujeto será menguada y, a la postre, ineficaz.

Baste, para señalar la importancia decisiva de estos aspectos, aludir tan sólo a tres factores.

La orientación es posible sólo en la medida que exista una efectiva igualdad de oportunidades. Si no la hay, y en tanto no la haya, la orientación será parcial y, respecto a ciertos sectores de la sociedad, imposible o ilusoria.

La orientación es posible sólo en la medida que exista una efectiva igualdad en la dignidad humana de todas las tareas. Si no la hay, y en tanto no la haya la orientación será parcial y, respecto a ciertos sectores profesionales, ilusoria inútil y ofensiva.

La orientación es posible, finalmente, sólo en la medida en que la estructura socioeconómica haya eliminado el subempleo y el paro encubierto. En una sociedad en la que la efectiva realidad laboral no corresponda a las posibilidades actuales de cada puesto y función profesional, la orientación no puede ser sino parcialmente fecunda y corre el peligro de convertirse en una fuente más de frustración.

Este es, creo yo, el *undécimo punto de convergencia* que me ha parecido, observar en sus discusiones: la aspiración común a integrar la orientación en una estructura socioeconómica que tienda a la igualdad de oportunidad, a la igualdad de dignidad humana de todos los trabajos y a la superación del subempleo y del paro encubierto.

HUMANISMO Y CIENCIA

La orientación es, en resumen, un proceso continuo de preparación de la persona para su incorporación y permanencia en el mundo del trabajo, con las mayores posibilidades de eficacia productiva, desarrollo

personal e integración social. Proceso que empieza en los primeros años y continúa a través de las diversas etapas escolares y profesionales y que se hace más intenso y visible en ciertos períodos críticos de cambio y elección.

Este proceso no es sólo científico, pero debe estar científicamente fundado.

El orientador — el equipo de orientación — ha de ir, con la ciencia, más, allá de la ciencia: hasta la persona.

Pero ir más allá de la ciencia no es lo mismo, sino exactamente lo contrario, que quedarse más acá. Para ir más acá de la ciencia hay que pasar por ella, saberla, criticarla, mejorarla, dominarla.

No será por eso por lo que el doctor GERMAIN, nuestro presidente, comparó en su discurso de apertura a la orientación profesional con una princesa esquiva y asediada?

No será porque la orientación profesional pretende algo en el fondo imposible, como la princesa de la sonatina?

LA PRINCESA PERSIGNE POR EL CIELO DE ORIENTE LA LIBÉLULA VAGA DE UNA VAGA ILUSIÓN

La de ustedes, orientadores, es la ilusión siempre viva, nunca del todo saciada, de comprender y de ayudar al hombre a comprenderse a sí mismo y a trabajar con los otros.

No pierdan nunca esa ilusión. No pierdan nunca, entre sus técnicas, al hombre.

Pero, cuidado. Para encontrarle, no descansen complacidos en el viejo humanismo. Espléndido y venerable humanismo, que hay que defender contra los excesos cientifistas y tecnocráticos, pero que hay también que ahondar y enriquecer y mejorar — entre otras cosas con la ciencia y con la técnica— para que no siga siendo el humanismo en el que, como nos recordaba OSCAR HERRERA, cuarenta y cinco millones de hombres en las tierras hermanas de América no saben leer, en el que otros muchos, cerca de mil ochocientos millones por todo el planeta, son analfabetos, y en el que más hombres aún, unos dos mil millones — las dos terceras partes de la real y viviente Humanidad — sufren todavía hambre de cultura y hambre de pan.